

■ Presentación

Nuria Rodríguez Ortega
Directora Departamento de Historia del Arte

Como directora del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Málaga, quiero expresar la gran satisfacción que representa para mí escribir estas palabras con las que se inicia el presente número especial del *Boletín de Arte*, revista que veía la luz en el año 1980 y que ha sido el órgano de difusión científica de nuestro Departamento hasta la actualidad.

Después de este número, el *Boletín de Arte* comenzará en 2014 una nueva andadura. Este es, por tanto, el número que cierra tres décadas de trabajo, dedicación y esfuerzo bajo la dirección casi ininterrumpida de Rosario Camacho. El cierre de ciclo del *Boletín de Arte* coincide con 'un' cierre de ciclo en la trayectoria profesional de Rosario, Charo para sus amigos y compañeros; y esta coincidencia, repleta de significación, ha cristalizado en este número especial que le dedicamos. Está dedicado a Charo porque glosa su figura y sus investigaciones; pero fundamentalmente está pensado para ella, porque su preparación y elaboración se ha cuidado como se mimaba un precioso regalo.

Quiero agradecer al Consejo de Redacción del *Boletín de Arte* el esmero, el interés y la ilusión que ha puesto en este empresa, y especialmente a su directora, la profesora M.^a Teresa Méndez Baiges, quien además ha asumido el reto y la responsabilidad de refundar el *Boletín de Arte* sobre la base de las actuales exigencias de calidad científica.

Pero Rosario Camacho, además de ser el alma máter del *Boletín de Arte*, también lo ha sido del Departamento de Historia del Arte durante muchos años. Junto con las profesoras Aurora Miró y Rosa M.^a Valladares, fue la encargada de ponerlo a funcionar en 1970, cuando todavía ni siquiera existía la Universidad de Málaga, por lo que la historia de nuestro Departamento está indisolublemente ligada a ella y al trabajo que desempeñó en aquellos momentos fundacionales, siempre difíciles. Posteriormente, y bajo su dirección, desarrollada durante más de diecisiete años, el Departamento de Historia del Arte inició su periodo de consolidación institucional: se estableció el programa de doctorado; se implantó la titulación específica de Historia del Arte; se elaboraron tres planes de estudios; iniciamos nuestro camino académico como becarios buena parte de los que hoy somos profesores; y se formaron generaciones completas de historiadores del

arte que actualmente ejercen su profesión repartidos por las instituciones culturales y educativas de toda España. Los que nos dedicamos a la gestión académica sabemos hasta qué punto estos logros institucionales están fundados en renunciaciones personales y profesionales. Es por esto que resultan más valiosos y admirables, y los que hoy constituimos este Departamento hemos querido expresar nuestra gratitud a través de uno de los proyectos a los que dedicó más tiempo, atención y dedicación.

Mirado en perspectiva, la contribución de Rosario Camacho al campo de la Historia del Arte es extraordinaria, pues cumple con creces las tres vertientes de nuestro ámbito universitario: docencia, investigación y gestión académica, sin olvidar su compromiso efectivo con la protección y salvaguarda del patrimonio, su colaboración con instituciones públicas y privadas del campo cultural, y otros muchos frentes en los que ha trabajado intensamente, y que las páginas de este número especial tratan de recoger y compilar. No obstante, este no es más que un punto y aparte, o si se quiere, un punto y seguido, pues Rosario Camacho mantiene con renovadas energías la pulsión investigadora y la avidez de estudio que la han acompañado siempre, y con toda seguridad nos brindará nuevos hallazgos.

No quiero concluir estas líneas sin antes expresar lo que para mí, personalmente, significa Rosario Camacho. Mi imagen del Departamento de Historia del Arte está inevitablemente asociada a ella. La conocí siendo su directora, y durante los catorce años siguientes, fue ella el referente que lo representó. Durante mis años como estudiante, admiré el tesón con el que preparaba sus clases, su educación y su trato exquisito con todos los alumnos. También recuerdo, como un elemento inspirador, sus encendidas reivindicaciones en los Consejos de Departamento a favor de la defensa del patrimonio de la ciudad; su capacidad para aglutinar voluntades y su afán conciliador.

Sin embargo, lo que siempre estará unido en mi mente a la personalidad de Rosario Camacho es, en realidad, una actitud: Charo, bolígrafo en mano, tomando notas en cualquier conferencia o seminario, con la curiosidad intacta de un alumno que comienza –tal y como la hemos visto tantas veces–, personifica la actitud del que siempre está abierto al saber, del que considera que, pese a sus muchos años de experiencia, siempre hay algo interesante que aprender; y también ejemplifica el talante humilde y prudente del que otorga a las palabras de los demás su importancia y valor. Y esta imagen, para mí, en el contexto de la peculiar hoguera de las vanidades que es nuestro mundo académico, quizá sea la mejor de las enseñanzas.